

# Carta a Cecilia

Catalina Tabares Ochoa

Profesora Universidad de Antioquia, catalina.tabares@udea.edu.co

Medellín, 6 de septiembre de 2019

Querida Cecilia:

Hace ya más de un año estuvimos conversando. Fue una conversación muy íntima en un momento muy especial porque usted acababa de cumplir ochenta años. Aprovecho para agradecer su apertura. Y quiero contarle que, desde entonces, he venido pensando en la forma como se sostienen socialmente las personas que han tenido una experiencia profunda de la guerra y una acción política decidida por la paz. Sobre todo, en la potencia que hay en ello.

Usted, Cecilia, ha vivido al margen y en los límites de la institución religiosa de la que hace parte hasta hoy; ha desafiado el poder e incomodado a sus colegas y superiores, no solo con sus prácticas críticas y emancipadoras, sino también con acciones que le resultan apenas lógicas del trabajo propio de la Iglesia católica; con su presencia, y la de sus compañeras, en los barrios populares. En esta experiencia vital, creo que el amor es, en últimas, la emoción que conduce, motiva y genera el impulso para servir a los demás y enfrentar las adversidades.

Por eso, quiero compartirle esta semblanza de su vida, a manera de homenaje, a partir de las palabras que tan generosamente me ofrendó.

Las historias de su niñez, casi todas, giran en torno al catolicismo cultivado por su mamá y su abuela paterna, a las imágenes de vírgenes, cristos y santos: “como el Divino rostro de mármol muy hermoso, pero con unos ojos de tristeza, con una corona de espinas que le chorreaba sangre”; y al cuestionamiento de su papá frente a estas imágenes y ciertas prácticas religiosas: “cogía una servilleta grande y lo tapaba ‘mijas, eso es enfermizo, rezar ante un moribundo’, y entonces mi abuelita le respondía ‘¡Ay!, es que ese Marcos tan ateo’”. La

coexistencia de estos dos rasgos que atraviesan su historia familiar son, además, determinantes en su decisión futura de ser religiosa.

Entre los recuerdos significativos que aún conserva su memoria está el del armario de tela verde con espejos, en cuya puerta su mamá había pegado con un alfiler un recorte de prensa del periódico *El Tiempo* que anunciaba “Pío XII dice que los comunistas se van a condenar”. Siempre que abría el armario se encontraba con esa noticia que, sumada a las palabras de su madre después de comulgar —“recemos mucho por el alma de su papá para que se convierta, porque él no puede salvarse”—, fueron creándole una atmósfera de terror por la suerte que en la vida o después de la muerte podría correr el hombre por el que sentía tan profundo amor y tan inmensa admiración.

Y es que, sin duda, su papá fue la figura más trascendental de su niñez y juventud, sobre todo en lo concerniente a la activación de su conciencia política. Recuerda, por ejemplo, una vez cuando las monjas del colegio Sagrado Corazón, donde estudiaba, inauguraron una capilla recién construida “por no decir iglesia” —en la que gastaron “muchísima plata”—, usted le mostró con orgullo la nueva adquisición del colegio a su papá; él, quien observaba en silencio, le respondió: “¿sabes qué?, si Dios existiera aquí caben tres escuelas y dos hospitales”.

Su papá, de origen campesino, había llegado a la ciudad de Manizales primero, para estudiar en el colegio, y después, en medio de muchos esfuerzos —dadas las precariedades económicas de su familia de origen—, a la ciudad de Bogotá, para estudiar en la universidad. Llegó a ser director del periódico *La Patria* de Manizales y abogado litigante; pero rápidamente declinó, en parte porque “no podía del sentimiento, por el dolor de las víctimas, y acababa

llorando más que ellas mismas”, y en parte porque se dedicó a la defensa de los derechos de los trabajadores.

Él siempre fue respetuoso con la religiosidad de su madre, pero “le sabía poner la banderita”. Ese “poner la banderita” alude a los gestos, los discursos y las prácticas que les permitían a usted y a su hermana María Elvira acceder a los discursos políticos de corte progresista que contrastaban con la visión católica y conservadora que su abuela y su madre se habían esmerado por cultivar en su niñez.

Pese a la notoria identificación con un papá “ateo”, defensor de los derechos de los trabajadores, con ideas de avanzada y comprometido políticamente, a temprana edad tomó la decisión de ingresar a la vida religiosa. A primera vista, la formación recibida en el colegio Sagrado Corazón, de Bogotá, basada en el estudio del Evangelio, el cultivo de una vida espiritual —que disfrutaba—, la costura y las constantes referencias a las misiones en Egipto y África —para “ayudar a la gente pobre de países muy lejanos”— fueron elementos que, junto a su gusto por la disciplina, “y el amor a Jesús y a la Virgen”, la persuadieron para irse de monja recién graduada del bachillerato.

El día que le contó a su papá que había decidido ingresar al convento, “él se echó a llorar”. “No fue para tanto”, le respondió, creyendo que esa decisión estaba relacionada con un fuerte regaño que días antes le había dado por llegar a la casa a altas horas de la noche. Su decisión ya estaba tomada y simplemente estaba invitándolo a una misa que se celebraría esa misma semana como parte del ritual de recibimiento. “Pobre mi padre”, repite cuando se refiere a ese episodio; lo que da cuenta del impacto que esa noticia produjo en él.

Al principio, su vida en el convento fue una experiencia difícil y dolorosa: “era horrible, horrible, porque es demasiado estricto, el cuerpo no vale nada, había que darle garrote, nos daban cosas para ponernos, para pegarnos, no podíamos hablar con nadie [...], la familia venía una hora un domingo al mes”. El relato es conmovedor y la pregunta obvia: ¿qué la hacía quedarse? “Porque si uno se sacrifica por los pecadores, los pecadores se salvan y yo necesitaba salvar el alma de mi papá, tenía que dar la vida por mi papá porque como yo lo quería tanto y mi papá era tan bueno ¿cómo no se iba a salvar?”.

Traduzco ese acto de amor, en el que pone a su padre por encima de sí misma, en una especie de intercambio mágico o transacción con la divinidad, con la que mediante la entrega de su yo físico y psíquico, así como de la autoimposición de un penoso esfuerzo cuyo único objetivo es “salvar el alma de su papá”, opta por el camino del sacrificio. Así lo reconoce cuando menciona que la suya era una respuesta a la espiritualidad de la época: “yo me aguantaba y eso me costó a mí la salud”.

He pensado también en lo que denomino acontecimientos críticos que, considero, marcan las vidas de las personas, y se constituyen en dispositivos que implican mucho trabajo interior porque los desafíos son enormes. Consisten en un “darse cuenta” que deriva en giros, nuevos rumbos o “acentos” que las personas dan a sus vidas. Se alimentan de hechos cotidianos, situaciones, gestos o conversaciones que, en síntesis, activan la conciencia, generan comprensiones y permiten construir pensamiento.

En su caso, identifiqué dos acontecimientos críticos. Uno pareciera muy íntimo y personal: ocurrió cinco años después de haber ingresado al convento, en Roma, cuando llegó allí para hacer la “profesión perpetua” —proceso que definía si continuaba o no su vida religiosa—. El otro hace referencia a su encuentro con sacerdotes y religiosas de Centroamérica en el año 1963, en el que descubrió que “¡había división de clases!” y a partir de ese momento su acción religiosa dio un giro en el que el compromiso político sería el eje estructurante de esta.

A Roma llegó “destrozada”, tanto por problemas de salud física como por afectaciones psicológicas debido a las contrariedades que le producía la forma de vida impuesta en el convento. El “encuentro” con la madre superiora, “una monja norteamericana” —a la que siente que le debe la vida—, le desencadenó una fuerte crisis, pero también le permitió comprender algo de suma importancia: que su papá no se iba a condenar.

Ella me preguntó quién era mi papá.

—Es esto y esto, a veces no llevaba plata a la casa porque él a todo el que le pide favores se los hace, él llegaba a veces con una gallina debajo del brazo (como pago por el favor realizado)... eso a mí me parecía hermoso... mi papá con una gallina y no con plata. Ese era mi papá, no le importaba la plata sino ayudar a los demás.

—¿Y usted qué preocupación tiene?

—No, pues yo sí me preocupó mucho porque él se va a condenar.

Y entonces me dijo:

—¿Usted no ha leído el Evangelio? “Venid benditos de mi padre a poseer el reino de los cielos, porque tuve hambre, me disteis de comer, tuve sed, me disteis de beber, estuve desnuda y me vestisteis”, ¡su papá se va a salvaraaar!

Esa conversación, que considera “definitiva” —pues le “abrió las puertas para todo, para lo que soy hoy, y para ser como soy”—, fue de gran trascendencia para su vida, y propició, además, la resignificación de las razones que la llevaron a optar por los votos religiosos. La comprensión que la madre superiora tuvo de sus contradicciones internas, si bien derivó en una crisis profunda que la aisló durante meses de sus labores y la llevó a un prolongado tratamiento psiquiátrico, también alivió sus cargas y despejó su camino. A partir de ese momento, pudo entender que el suyo no era “un problema de opción religiosa”.

Otras formas de vivir la religiosidad se revelaron desde entonces. En la década del sesenta, el colegio, en el que para aquella época trabajaba —que recientemente había cerrado su internado—, por la cantidad de habitaciones disponibles fue el lugar propicio para que los sacerdotes y las religiosas provenientes de Centroamérica estuvieran por varios días hospedados en la que era su casa. Espacios cotidianos, como los comedores y los dormitorios, se convirtieron, junto con las eucaristías celebradas en aquellos días, en el nicho de ideas alrededor de la división de clases y las estrategias para ayudar a combatir las.

La teología de la liberación —que llegó a consolidarse como corriente teológica de pensamiento y práctica política en América Latina en los años setenta y ochenta— fue tomando forma por medio de las misiones y, más tarde, de las comunidades eclesiales de base. Fue a partir de ese momento que su acción religiosa no podría estar separada de su acción política. De esa imbricación es que quiero hablarle ahora.

Venía de una comunidad religiosa que, en sus palabras, “estaba con las ricas”, pues priorizaba la educación de niñas de clase alta. Sin embargo, paralelamente, sostenían una escuelita para las niñas de escasos recursos económicos, en la cual

se sentía más cómoda trabajando. Fue ese el camino que dio inicio a su “opción por los pobres”, frase que resume la dirección que le dio a su práctica religiosa. Esta opción se vio fortalecida cuando en el convento les preguntaron quién quería salir a misiones. Usted, que en su niñez había sido *boy scout* y se sentía seducida por “el trabajo en el campo, el espíritu de servicio, la aventura y el riesgo”, optó por salir a trabajar a la orilla del río Magdalena.

El encuentro con las religiosas y los sacerdotes de Centroamérica le había dejado instalada una inquietud por el cambio de lo “estructural, jerárquico y opresor” a lo “comunitario, empezando por el consejo parroquial”. Por eso, su trabajo en la orilla del río Magdalena y el que siguió después de finalizar la década de los setenta en Manizales, Bolívar, Santander y Caquerica estuvo marcado por el “florecimiento de las comunidades de base”. Este encuentro le propició el conocimiento de metodologías de trabajo comunitario que venían ya siendo aplicadas en otros países de América Latina, como Chile. Se trataba de técnicas para el trabajo popular, que buscaban, a partir de la interacción con pequeños grupos, multiplicar el conocimiento del Evangelio, y por esa vía empoderar políticamente a las poblaciones en las cuales desenvolvían su acción.

Un ejemplo de esto lo constituye su trabajo con madres cabeza de familia, cuya finalidad era que ellas mismas se convirtieran en las catequistas de sus comunidades. De la formación a diez mujeres con encuentros cada semana durante un año, se esperaba que al año siguiente cada una de ellas formara en su propia casa a otras diez mujeres. Con lo que se pretendía replicar el conocimiento, pero además descentrar el poder del párroco, al fundamentar esta práctica en valores emancipadores y al disponer para las mujeres campesinas una serie de herramientas que les dieran autonomía y determinación.

La convivencia de un número reducido de religiosos y religiosas con los campesinos en las veredas y los pueblos era el medio legítimo para la reconstrucción de diagnósticos comunitarios. “¿Cómo está la salud?, ¿cómo está la educación?, ¿cómo está la agricultura?, ¿cómo están los medios de transporte?” eran preguntas que el grupo de misioneros respondían a partir de la vivencia propia de estas realidades y de la interacción con los campesinos. Estos diagnósticos eran la antesala para la acción. A partir de técnicas participativas, basadas en textos bíblicos, sociodramas,

presentación de videos, juegos y lecturas comentadas, se propiciaba el diálogo con las poblaciones, siempre en procura de alternativas de transformación social.

El trabajo dejó ver sus frutos en la consolidación de procesos comunitarios: “se armaron consejos parroquiales de cien campesinos que bajaban de todas sus veredas cada mes a evaluar y programar el mes siguiente”. Los vínculos se fortalecieron alrededor de los alimentos que, casi siempre, iban acompañados de actividades lúdicas: “se terminaba la reunión seria y venía la guitarra, los tiples, la aguapanelita caliente, el quesito...”. Todas estas acciones estaban basadas en el encuentro, el diálogo, la conciencia de la realidad y el férreo deseo de cambiarla.

En este punto, es necesario detenernos alrededor de lo que denominé desafíos y pruebas. Me refiero con ellos a los conflictos, las tensiones, los disensos y las rupturas, que se presentan como parte de la vida en sociedad. Allí, como telón de fondo, están siempre los soportes que permiten la continuidad de la acción y de la vida.

“La vida no es fácil, tiene muchos altibajos, muchas decepciones”, dice con aire reflexivo entre un recuerdo y otro. Hace referencia a “épocas duras”, como la del estatuto de seguridad (1978-1982)<sup>1</sup>. Habla de los campesinos asesinados, torturados, desaparecidos, y de aquellos que de manera forzada fueron desplazados de sus territorios: “se llevaron muchísima gente presa, la torturaron, la volvieron nada, mataron mucha gente en toda la vicaría de Vélez”. Habla también de las constantes amenazas de muerte y del exilio por la inminencia de que esas amenazas fueran cumplidas. Usted, Cecilia, no solo fue testigo de una guerra cruda y dolorosa, sino que supo declararse en contra acompañando a las víctimas.

En esa época, por ejemplo, Jacinto, un líder campesino que admiraba profundamente: “una inteligencia del otro mundo, es que uno se quedaba

pasmado... ¿de dónde salió?”, a quien además consideraba agudo y creativo —“llegaba el político y Jacinto convocaba por allá en un cerro a un almuerzo comunitario, ¡ohhh, y no bajaba nadie al pueblo!”— fue torturado y encarcelado, y diez años más tarde (en 1990) asesinado. Este crimen fue el que, después de la insistencia de otros religiosos, la hizo tomar la decisión de salir por un tiempo del país: “Ceci..., no te queremos muerta, mejor te vas, que esto pase, y tú regresas”.

A este contexto social y político adverso, se suma un contexto institucional también adverso: las múltiples expulsiones de parroquias y comunidades en las que realizaba trabajo de base, el cuestionamiento de sus compañeras religiosas por sus iniciativas y acciones, e incluso, el hecho de ser “la hija de un comunista”. Esto la ubicó en una posición de confrontación y antagonismo permanente dentro de la institución de la que hacía parte. “Uno va contra lo institucional, porque lo institucional es conservar las cosas como están y lo nuevo es tumbarlo y transformar” reconoce, y agrega “a uno le hacen la vida muy dura... ¡muy dura! [...] hasta que uno dice: ‘bueno, sí, es un proceso de aprender a vivir uno con el enemigo adentro”.

En el año 2001, el asesinato de la religiosa Yolanda Cerón, quien “logró titular cerca de noventa y seis mil hectáreas de tierra para las comunidades negras de Nariño antes de ser asesinada”<sup>2</sup>, y quien cumplía una labor muy similar a la suya, no fue impedimento para que continuara acompañando el retorno de los campesinos a sus tierras, aunque tuvieran que resguardarse de noche en zonas humanitarias por el riesgo que corrían sus vidas.

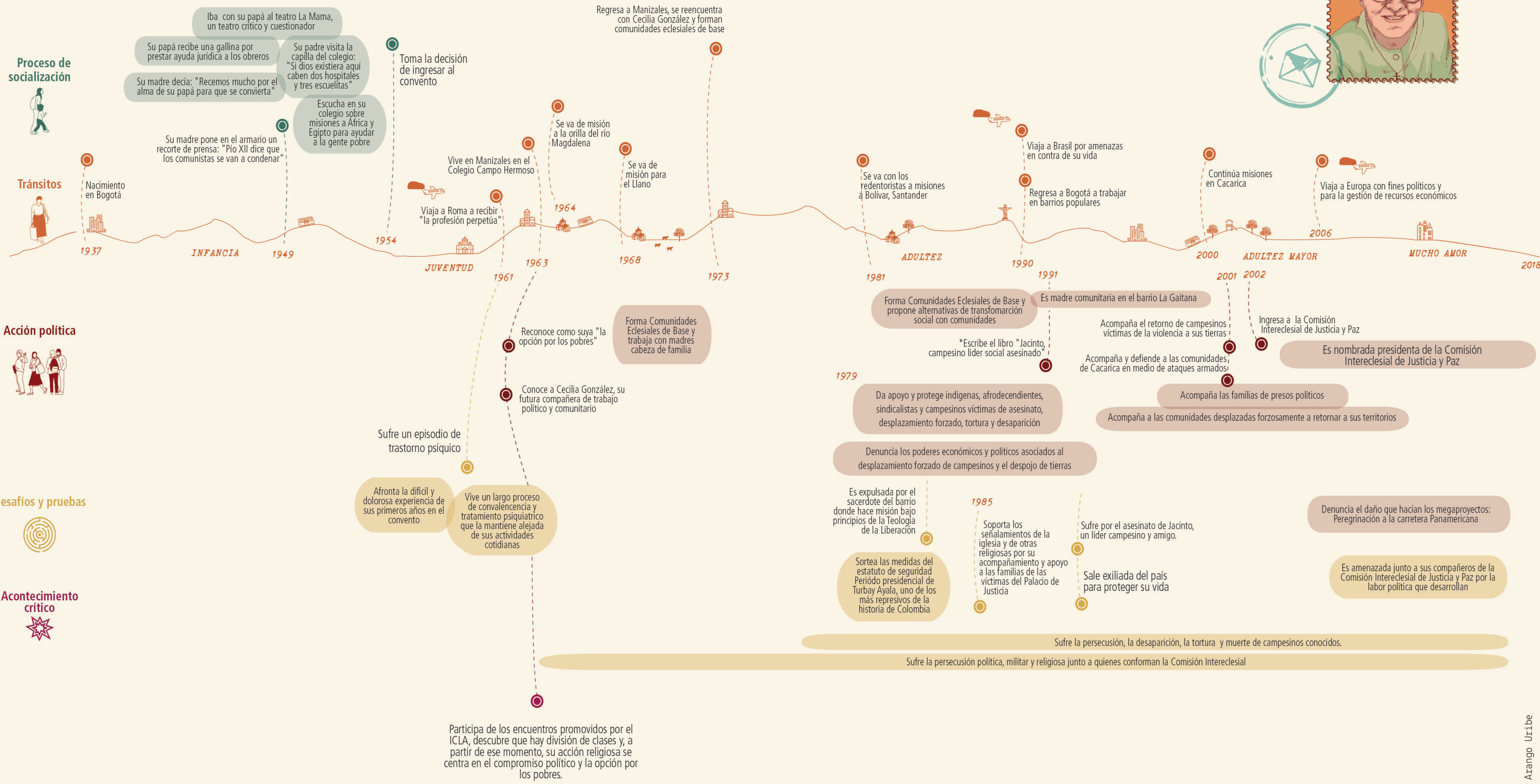
Fue en este contexto, y después de un anuncio en televisión del comandante del Ejército de que entrarían al Caquerica<sup>3</sup>, Chocó, que decidió ir hasta aquel territorio y atravesar el río en medio de lanchas que elevaban sábanas blancas como grito de “no disparen” y de paz. Posterior a este hecho, recibió la propuesta de liderar la Comisión Intereclesial de Justicia y Paz:

<sup>1</sup> Que se dio durante el período presidencial de Julio César Turbay Ayala, reconocido en la literatura académica como uno de los períodos más represivos en la historia reciente de Colombia.

<sup>2</sup> Al respecto, cabe destacar el artículo titulado “Yolanda Cerón, religiosa de Nariño” publicado por *Verdad Abierta* el 19 de octubre de 2009.

<sup>3</sup> Población del departamento del Chocó, uno de los más afectados por el conflicto armado en Colombia y que aún hoy reclama verdad y justicia por la realización de la operación Génesis, bajo la responsabilidad de la Brigada 17 del Ejército, y la operación Caquerica, ejecutada por las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá. Por estas operaciones coordinadas el Estado colombiano fue condenado el 20 de noviembre de 2013 por la Corte Interamericana de Derechos Humanos, como se registra en el artículo de Natalia Herrera Durán titulado “Caquerica busca la verdad en medio de las balas” y publicado por *El Espectador* el 17 de marzo de 2019.

# Cecilia



—Ceci, tú tienes que coger la dirección.

—Jamás he vivido en la ciudad, yo hace mucho tiempo vivo en el campo, yo no sé nada de nada... a mí no me pongan a lo intelectual y que esto, y lo de más allá.

—Mira, Ceci, la formación, la experiencia... todo lo que tú has vivido nos da para proponerte.

Asumir el reto de presidir la Comisión Intereclesial de Justicia y Paz fue una decisión que reconoce haber tomado por el respaldo y el apoyo decidido de sus colegas: “mira, te prometemos, Cecilia, que nunca te dejaremos sola”, le decían.

La presidencia de la Comisión —cargo que ocupó en la primera década del año 2000, una de las épocas más crudas de la guerra en Colombia— es una experiencia que condensa bien muchas de las acciones que con determinación realizó para manifestar su inconformidad por el despojo de la tierra que a manos de grupos paramilitares cobraron la vida de cientos de campesinos. Sus acciones, claramente proclives a la paz, fueron también arriesgadas y transgresoras, pues denunciaban y ponían en cuestión poderes políticos y económicos como los vinculados a los cultivadores de palma aceitera y los actores ilegales vinculados al narcotráfico que participaban también de los despojos violentos.

Su trabajo en la Comisión estuvo centrado en el acompañamiento a comunidades de paz que se resistían abiertamente a la guerra. Se trataba de apoyar y, sobre todo, proteger a indígenas, afrodescendientes, sindicalistas y campesinos que tomaban distancia radical de los actores armados, pero que paradójicamente eran víctimas de desplazamientos forzados, asesinatos y señalamientos por parte de estos.

Como presidenta de la Comisión, realizó también viajes cuya finalidad era “recuperar la fama en las agencias”, pues los señalamientos de “terribles guerrilleros”, por parte del Ejército y del Gobierno nacional, habían sembrado un manto de duda en organismos internacionales que hasta ese

momento los habían apoyado financieramente, y que por ese hecho habían decidido suspender la entrega de muchos recursos.

La gestión de recursos para el funcionamiento de la Comisión fue una tarea que emprendió con entusiasmo. No solo conmovió a las iglesias y los feligreses, quienes al escuchar su discurso sobre la situación de Colombia en medio de lágrimas le ofrecieron “la limosna de tres parroquias de España durante toda la Semana Santa”, sino que aprovechó este escenario para denunciar megaproyectos como “la planta de biodiesel” en Vichada, financiada con dinero público e inversión privada y cuyos costos más altos no serían los financieros, sino “la inmensa destrucción de bosques y selva, el desplazamiento masivo de la población autóctona y la violación a gran escala de derechos elementales contra la naturaleza y contra las personas”<sup>4</sup>.

Era apenas de esperarse que la Comisión, como su acción religiosa, sufriera persecuciones políticas, militares y también religiosas. A muchos de sus integrantes los echaron de la Congregación. Muchos, en claro gesto de rebeldía, decidieron “no salir, porque sus votos eran con Dios, no con la institución”. También generó malestar por la autonomía que las metodologías aplicadas propiciaba en los feligreses: “el señor obispo nos mandó llamar, que dónde teníamos la cabeza para pensar que una gente ignorante como la de los barrios fuera capaz de dar religión”.

También enfrentó antagonismos que terminaron en múltiples expulsiones por los desacuerdos de la jerarquía eclesial con su acción. Su conclusión fue, en varias ocasiones, “¿qué hacemos aguantando un cura aquí, y estando sometidas a un párroco? Nooo, uno empieza a sacudirse, a ver otros horizontes, entonces nos fuimos...”. De ninguna manera se trató de una renuncia, de hecho, reconoce que “nunca rompieron totalmente con la institución” porque “no les convenía”. Ese ropaje institucional también les permitía actuar y ustedes eran conscientes de ello. Así, salir y entrar se constituyó en una estrategia de sobrevivencia a la que bien supieron acudir según el contexto y las circunstancias.

Su experiencia, que es significativamente singular respecto a la de otras religiosas, no es por ello exclusiva. También fue encontrando padres y monjas que optaron por un camino muy similar al suyo. Entre ellos, merece destacar a Cecilia González: una religiosa veinte años mayor con la que compartió, entre misiones y trabajo comunitario, luchas, convicciones y afecto. Ya como jubiladas, por ejemplo, sin presentarse como religiosas, Cecilia González y usted continuaron realizando su trabajo en los barrios periféricos de la ciudad de Bogotá; juntas asumieron una filosofía que consistía en “una vida sencilla”, apartadas de las parroquias y simplemente “ayudando a la gente” de los barrios populares.

Muchos serían los sacerdotes de los que recibió cariño y apoyo, entre ellos el padre Alberto y aquel que, aunque en un principio no estaba de acuerdo con sus acciones, “conquistó” a tal punto que, cuando en una ocasión unos actores armados llegaron a buscarlas a Cecilia González y a usted, fue él quien las “cubrió”. Así mismo, su hermana María Elvira o amigos como Abilio y Danilo, laicos pero cercanos a la Iglesia, y quienes fueron apoyos fundamentales para su ser y su hacer.

Hace no mucho tiempo, cumplió ochenta años: “lo único que quería era celebrar con la gente de ese tiempo, que eran campesinos, quería que fuera todo el mundo”. Para esta celebración eligió el departamento de Santander en el que había trabajado treinta años atrás. “¡Llegaron ciento cincuenta personas! [...] ¡Ay, qué alegría tan grande!, me ha conmovido, me ha llenado de alegría, de ilusión y de juventud”, son las palabras que pronuncia para referirse a ese hecho que de alguna manera condensa el soporte afectivo que a lo largo de su vida le ha permitido actuar, afianzar sus convicciones y continuar con vida.

Además de los soportes afectivos, observo también el valor que da a los soportes espirituales, cuando manifiesta, por ejemplo, que ha sentido toda su vida que “el misterio pascual es morir para resucitar”; y cuando agrega que cree firmemente que es esto lo que le ha ayudado no solo a enfrentar las pruebas más duras, sino a apoyar a otros en momentos difíciles.

Momentos críticos, como el paso en lancha para llegar a la comunidad de Cacarica, se revelaron como experiencia religiosa: “yo sentí en esa bandera blanca el manto de María que me protegía, como que Dios y ella me iban a acompañar”.

Algo parecido ocurrió cuando unos actores armados las estaban “buscando en Bolívar”, a usted y a su compañera Cecilia; con el miedo y la incertidumbre de lo que les esperaba en el futuro inmediato, “apareció” una señora en la puerta de la casa parroquial que, entre otras cosas, les dijo “si las tenemos a ustedes que son nuestra compañía ¿qué podemos temer?”. Estas palabras le permitieron constatar que los “milagros” se manifiestan también humanamente, y que una presencia, una palabra o un gesto pueden cambiar la dirección de los acontecimientos o por lo menos dar la fuerza para enfrentarlos.

Esta fuerza espiritual no se agota en la institucionalidad religiosa: “Dios no necesita que le reemos ni que lo invoquemos, ahí está”. Hoy en día, manifiesta sentirse más a gusto con “una espiritualidad oriental”, que le permite encontrar “la fuente de energía y a Dios adentro”. Esa fuente pareciera revelarse en su propia fuerza interior y la determinación para la acción que al mismo tiempo la asombra: “estoy admirada conmigo misma de la capacidad que he tenido para estar tranquila”, concluye al mirar su vida en retrospectiva.

Para finalizar, quiero hablarle de los principios y los valores que, creo, subyacen a su acción. Pequeños actos de rebeldía como “quitarse el velo” y el hábito para reemplazarlo por una falda y “una blusita” o “bajarse del bus” en plena orden de clausura corresponden a gritos de libertad que se vuelven aún más transgresores cuando se dan en lo que define como “un poder religioso oligarca y espantoso”. Su “jaculatoria”, es decir, aquella breve oración que repetía con fervor cada vez que sus acciones evidentemente desobedecían el orden establecido, era: “nunca pedir permiso, siempre pedir perdón”.

El “sin permiso” se convirtió entonces en una especie de mantra que no se reducía a sus acciones personales y que, lejos de responder a una rebeldía sin causa, estaba en consonancia con lo que denomina “el servicio a la liberación”. Asunto que guio su trabajo con las comunidades en contra de prácticas de subordinación y a favor del “empoderamiento de la gente sencilla” para desatar cadenas de dependencia con los poderes establecidos no solo eclesiales, sino también políticos.

<sup>4</sup> Al respecto, consultar el informe presentado por Soldepaz Pachakuti (pachakuti.org), el 22 de julio de 2006, en la sección “Campañas y alianzas” y en esta su especial “El timo de los agrocarburos”.

Ahora bien, observo que este discurso en torno a la libertad está, desde mi punto de vista, basado en el *amor*. Sentimiento que atraviesa su relato de principio a fin y en el que usted sustenta y justifica su acción: “yo digo que se necesita amar... no más, no se necesita ni formación política, ni nada, amar al pobre y dolerle el dolor del pobre”. Sus expresiones “yo adoro a la gente” o “lo que más importa es ayudar a la gente”, así como sus acciones, dan cuenta de la forma como encarna este sentimiento que enarbola.

Me gustaría destacar que, en su concepción del amor, “el amor es servicial, el amor es comprensivo, el amor no tiene envidia... si yo no tengo amor, yo nada soy, Señor...”, palabras que retoma de San Pablo citando la Biblia católica. Existe también un vínculo con el “sacrificio” que se hace evidente en la relación que establece entre la política y la fe. “El Evangelio es amor”, dice; y aunque da relevancia a la organización y la formación política, considera que el amor es previo a cualquier proceso ideológico: “si uno no tiene amor, no sirve para esos sitios, porque tú expones tu vida”. Esa firme convicción —que, además, asegura que será recompensada porque “en la medida en que tú expones tu vida, más amor tienes”—, es, entre otros elementos, lo que le ha dado y continúa dándole soporte moral a su acción: “hasta que yo me muera visitaré presos, ayudaré a la gente por sentimiento, [...] donde me pidan un favor de ir a llevarlo, traerlo, o lo que sea, lo haré... ¡yo doy la vida por la gente!”.



Ana María Arango Uribe

Usted sabe, Cecilia, que bien podríamos seguir trazando los detalles de su trasegar, pero considero que hasta ahora se ha mantenido lo esencial. Por eso, me despido no sin antes expresarle mi profunda admiración, respeto y afecto,

Catalina 